

Indígenas y misioneros en Baja California

Lucila León Velasco
Universidad Autónoma de Baja California

La producción historiográfica sobre la etapa misional de Baja California ha sido abundante. Contamos con varias crónicas jesuitas y en menor número documentos franciscanos y dominicos, que han sido muy difundidos y citados. La mayor parte de los testimonios donde se narran los primeros encuentros con los indígenas de Baja California, fueron generados por los grupos venidos con la finalidad de dominar el territorio: misioneros y soldados. De origen europeo o novohispano, estos testigos o actores de los acontecimientos que describían, expresaron en sus escritos las diferencias que encontraban entre su cultura y la de los nativos de la península. Los viajeros llegados para intentar la colonización de Baja California, consideraron a los habitantes de esta región desde su perspectiva etnocéntrica, misma que continuó en las crónicas de los misioneros. Los calificativos utilizados por los cronistas son muy claros respecto a su posición: los europeos, criollos y mestizos, son “gente de razón”, mientras los indígenas son denominados como “bárbaros”.

Por otra parte, las crónicas jesuitas han sido por lo general las principales fuentes para la historia de esta etapa, por lo que la gran mayoría de los trabajos se enfocaron al periodo en que la Compañía de Jesús trabajó en la península. Su influencia se observa en los primeros libros de historia escritos sobre Baja California, los cuales reproducían casi literalmente las descripciones de viajeros y misioneros. Esto contribuyó a la difusión de los estereotipos que todavía se manejan en la actualidad y marcó con sus juicios la visión que se ha tenido sobre ese periodo. Sigue lo que se ha llamado el discurso colonialista, que a partir de la lógica del colonizador construye una identidad para el colonizado. Es decir, nos presenta una imagen, en este caso del indígena, formada con el pensamiento y los prejuicios de los religiosos que describen los hechos.

Esa visión que presentaba el proceso colonial desde una mentalidad europea, prevaleció en la mayor parte de la historiografía sobre América. Además, de acuerdo a la corriente positivista que ejerció su influencia en la historiografía mexicana de la primera mitad del siglo XX, los trabajos fueron narraciones desde la perspectiva de los grupos dominantes. No fue hasta la segunda mitad del siglo XX cuando empezó a buscarse la “visión de los vencidos”, que inició, entre otros, el trabajo pionero de Miguel León-Portilla. Algunos, como Charles Gibson (1967), dieron énfasis a los indígenas en sus trabajos sobre el periodo colonial y ya no al grupo conquistador. Los indígenas dejaron de ser entes pasivos, para convertirse en actores de los cambios ocurridos en la colonia. Los trabajos interdisciplinarios, al permitir el uso de nuevos métodos, proporcionaron nueva información que llevó a una revaloración de la cultura aborigen.

El mayor obstáculo para integrar a los indígenas en el análisis del proceso colonial se encuentra en la falta de textos que nos permitan conocer su versión de lo ocurrido. Pocos son los documentos que nos dejan escuchar su voz. Por esta razón, las mismas fuentes determinaron en parte que los primeros historiadores dirigieran su atención a la figura del misionero evangelizador o a las autoridades militares. Estos trabajos se caracterizan por un enfoque epopéyico, que destacaba a las figuras individuales como grandes colonizadores o conquistadores sobresalientes.

En Baja California los indígenas han sido sujeto de pocos trabajos. El estudio de Ignacio

del Río (1984), *Conquista y aculturación de la California jesuítica*, ha sido pionero en este enfoque, al analizar la forma en que el cambio cultural afectó a la población indígena. La obra de Rosa Elba Rodríguez Tomp (2002), *Cautivos de Dios: los cazadores recolectores de Baja California durante la colonia*, viene a ofrecer una visión más integral y actualizada con respecto a las perspectivas tradicionales. Por otra parte, la doctora Michelín Cariño (1996:105) ha incursionado en la ecohistoria para analizar la simbiosis hombre-espacio en las culturas indígenas y la destrucción de dicha simbiosis con el establecimiento definitivo de colonos en la península, como parte de su trabajo *Historia de la relación hombre naturaleza en Baja California Sur*. Mario Magaña (1998, 1999), en sus trabajos *Población y misiones de Baja California* e “Indígenas, misiones y ranchos durante el siglo XIX”, nos ofrece nueva información sobre los nativos de la llamada Frontera dominica.

Aunque el carácter de las relaciones entre los misioneros y los indígenas ya ha sido tratado en algunas obras, en este trabajo hacemos énfasis en la perspectiva indígena que ha sido largamente ignorada. Son varios los puntos que hay que tomar en consideración en este trabajo. Uno de ellos es, como ya se mencionaba, el tinte etnocentrista de las fuentes de que disponemos. Otro es el bagaje cultural de los misioneros y soldados que escriben los textos. Por otra parte, no hubo un bloque indígena uniforme, pues en Baja California existieron varios grupos con diferencias culturales que pudieron ser importantes a la hora de responder a la dominación misional.

Además, la forma de trabajar de jesuitas, franciscanos y dominicos pudo, asimismo, haber despertado reacciones distintas. Habría que considerar también el momento histórico, que influyó tanto en la actitud de los religiosos, como de los indígenas. No actúa igual un misionero de finales del siglo XVII que uno de mediados del siglo XIX. Ni responderá igual un indígena de los primeros contactos en el sur de la península a un nativo que vive en las misiones de La Frontera dominica. Como expresa Rodríguez Tomp (2002:146), “sería un error considerar la acción misional como un fenómeno fulminante y masivo que afectó de manera inmediata y homogénea todo el territorio de los cazadores-recolectores bajacaliforniano”.

Para los misioneros, los nativos eran tanto el móvil como el sostén de su presencia en los confines del territorio español en América. La evangelización de “los bárbaros” de California justificaba los recursos materiales y humanos que se gastaban, pero asimismo el trabajo de los indígenas era imprescindible para construir y mantener las misiones. Por ese motivo los misioneros tenían muy claro que debían provocar cambios en la forma de vida de los nativos, para crear en ellos una relación de dependencia hacia la misión (Rodríguez 2002:134).

Por otra parte, desde un primer momento las relaciones entre indígenas y misioneros fue asimétrica, debido a las diferentes cargas culturales. Los jesuitas buscaron atraer a los indígenas por medio de regalos que podían ser alimentos, los cuales consistían generalmente en maíz; herramientas, como cuchillos, o adornos, como cuentas de collar. El alimento en ciertas épocas del año era difícil de conseguir, las herramientas tenían gran utilidad y los ornamentos podían ser signo de mayor estatus, por lo que estos obsequios resultaban muy atractivos para los indígenas, quienes estaban acostumbrados al intercambio de regalos como reciprocidad. Los misioneros los usaban para ganarse su simpatía, para dar a conocer sus buenas intenciones. También los utilizaron para retribuirles por algún servicio, como describe el padre Salvatierra (1997:79):

Los cuatro días siguientes se gastaron en desembarcar la ropa y maíz y harina, y [los indios] nos ayudaron a todo y hubo unos tres o cuatro indios que trajeron, desde la playa hasta la mesa del real de Nuestra Señora de Loreto, un tercio de harina cargado en la cabeza. Y les dábamos un poco de maíz a todos los que nos

traían algo de la playa, que dista como dos tiros de escopeta y se divisa todo desde la mesa del real.

Los indígenas, con su organización en torno a la caza y recolección, no eran agentes idóneos para la vida sedentaria que venían a imponer los misioneros. Por ello, para lograr sus fines, los misioneros tenían que instruirlos en la religión, acostumbrarlos a una rutina religiosa, obligarlos a abandonar sus antiguas creencias y enseñarles las actividades propias para sostener la misión. Así lo describe el padre Venegas sobre el padre Ugarte:

Entró en dos empeños, igualmente difíciles de conseguir: el primero de enseñar y adoctrinar a los indios, obligándolos blandamente a asistir todos los días a Misa, al Rosario y a la doctrina, quitándoles la afición a sus hechiceros o embusteros sacerdotes, y el apego a sus supersticiones envejecidas: el segundo acostumbrarlos a cultivar la tierra, y cuidar de los ganados [Venegas 1943-1944(1):77-78].

Los padres recurrían a distintos medios para enseñar la doctrina y lograr que hicieran los trabajos requeridos por ellos requerían. Probablemente habría que considerar que la personalidad de cada misionero influía en su manera de acercarse a los indígenas, para quienes los conceptos abstractos de la religión de origen judeocristiana deben haber sido difíciles de entender. El padre Ugarte, de fuerte temperamento, tuvo la siguiente experiencia:

Por la tarde los conducía el Padre otra vez a rezar el rosario, después del cual se repetía y explicaba la doctrina con formalidad, dándoles en premio nuevo regalo de comida. Al principio estaban inquietos todo el tiempo de la doctrina, recibiendo con risa y burla cuando el Padre decía, hablando entre sí y prorrumpiendo muchas veces en grandes carcajadas. Sufriólo el Padre, riñolos después, y como nada bastase para tenerlos atentos, parecióle hacer un día alguna fuerte demostración, para sujetarlos por miedo. Estaba cerca de él un indio muy parecido de valientes, y que presumido con esta ventaja, única que entre ellos merece estimación, se atrevía a descomponerse más que los otros. El Padre Ugarte, que era robusto y de grandes fuerzas, cuando estaba el indio en la mayor fuerza de su risa, haciendo señas de burla a los demás, le tomó de los cabellos y levantándole en el aire, le mimbrió en él a uno y otro lado, así pendiente por tres o cuatro veces. Esto bastó, para que huyesen todos despavoridos. Recogieron luego, poco a poco y el Padre logró intimidarlos, para que estuviesen con atención [Venegas 1943-1944(1):79-80].

Las anécdotas que ilustran cómo la forma de vida de los nativos y su entorno influían en la manera que recibían el mensaje de los misioneros, son abundantes. Por ejemplo: cuenta el padre Venegas que les hizo hincapié, “en una ocasión con cuanta fuerza pudo, [sobre] el fuego y penas del infierno. El fruto fue que después los oyó decir en sus corrillos, que mejor tierra era el infierno, que la suya, pues no había falta de leña” (Venegas 1943-1944(1):80). Esto causaba gran desconsuelo a los religiosos, quienes achacaban el problema a la falta de entendimiento de los naturales, y no a la falta de los mismos referentes culturales.

Asimismo, el padre Ugarte tuvo que recurrir a ciertos trucos para conseguir que los indios colaboraran en las labores de la misión, ya que la disciplina de un trabajo diario no formaba parte de la cotidianidad de los nativos, y ellos rechazaban la rutina que querían imponerles los misioneros. De tal manera describe:

Procuró ganar con donecillos y agasajos la voluntad de sus indios, así para que le ayudasen a la fábrica, como para que se aficionasen a la doctrina, que les explicaba como podía, por medio de indios de Loreto, mientras aprendía su lengua; pero uno y otro era vano con los adultos, que poseídos de mortal pereza, en nada querían ayudarlo, aunque recibían y le instaban por el pozoli y agasajos. Hubo pues de recurrir su genio industrial a la ayuda de los muchachos que engolosinados del Padre con regalillos y confituras, lo seguían y acompañaban en cuanto podían. Aun a estos era menester engañar para acostumbrarlos a algún trabajo: ya apostaba con ellos a quién más presto arrancaba mezquites y arbolillos: ya ofrecía premios a quien sacase más tierras: baste decir, que para formar los adobes, haciéndose niños con los niños, los convidaba a jugar con tierra y bailar sobre el lodo. Descalzábale el Padre y entraba a pisarlo: entraban también con él los muchachos: empezaba la danza, saltaban y bailaban sobre el lodo, y el Padre con ellos: cantaban los muchachos y con ellos cantaba el Padre, estando contentísimo, saltando a competencia y batiendo y pisando el lodo por varias partes, hasta el tiempo de la merienda. Así pudo disponer su pobre casa e Iglesia, cuya dedicación se hizo con asistencia de los otros Padres [Venegas 1943-1944(1):122-123].

Los misioneros se mostraban sorprendidos ante la actitud de los nativos, que acudían a buscarlos solicitando el bautismo. Narra el padre Miguel del Barco que una vez instalado el padre Retz en la misión de Santa Gertrudis, comenzaron a llegar gentiles a pedir que se les instruyese en la religión, como era común, porque los nuevos cristianos informaban a los otros indígenas de la necesidad de recibir el bautismo para evitar “la pena eterna del fuego”. Pero agrega: “y para que estuviesen aplicados a prenderlas [las oraciones], les daba el padre de comer: pues de otra suerte ocuparían el día en vagar por el monte” (Barco 1973:281-282). Asimismo esta descripción del padre Venegas (1943-1944(1):269) ilustra esta actitud de los indígenas:

Ya tienen el Estandarte de la Santa Cruz en sus Rancherías, puesta en algún cerro, ó picacho eminente, donde todos la pueden ver. En varios parages me han hecho ellos ramadas, ó casitas de monte, donde se juntan para doctrinarlos, quando voy a visitarlos, e instruirlos. Como la tonada del Bendito Califónico es apacible, es ya su ordinaria cantinela el Bendito. Quando voy a las Rancherías, al ir llegando, me reciben cantandole todos en Comunidad.

Esto hace evidente que también los indígenas se transmitían la información y aprovechaban el conocimiento que iban adquiriendo sobre los religiosos para obtener de ellos los regalos, así como saber qué era lo que debían evitar.

El manejo de elementos ajenos a los nativos, como las armas de fuego, animales como los caballos y los perros, además de la autoridad ejercida por los jesuitas sobre los militares, hicieron que los indígenas consideraran a los misioneros como seres dotados de poderes singulares, equiparables a sus hechiceros, y de esta manera el temor fue una parte importante de su relación con los religiosos (Rodríguez 2002:135-143). Por otra parte, los padres sabían necesaria la presencia de la fuerza coercitiva de los militares para mantener la paz y la disciplina con los nativos. Los soldados jugaron un papel primordial para defender a los misioneros en caso de rebelión, pero también para castigar a los indígenas por diversas faltas. Los misioneros consideraban importante que fuera evidente para los indígenas que ellos tenían autoridad sobre los militares, pero los jesuitas buscaron que también sintieran que ellos eran mediadores para

aligerar los castigos impuestos aparentemente por sus escoltas:

A otro día se abrió de nuevo el juicio, a públicas instancias de los Padres, que llevaron consigo muchos indios, para rogar a los soldados que sentenciasen de nuevo, sin dar pena de muerte, ni remitir a Loreto los prisioneros. Trajéronse éstos ante el tribunal, y fue sentenciado cada uno a gran número de azotes. Empezóse en el matador principal la ejecución; mas prontamente volvieron a salir de su casa los Padres e intercedieron para que cesase el castigo en él; y se perdonase a los demás, como se hizo, repartiéndose solamente algunas de las armas de los vencidos a los principales entre los vencedores, para muestra y memoria del triunfo. Tuvieron todo su efecto estas piadosas diligencias, importantísimas entre aquellos bárbaros; porque los Cristianos quedaron enseñados y los gentiles enamorados de los Padres y de su ley, que así mandaba tratar a los enemigos [Venegas 1943-1944(1):261].

Una vez que la misión era fundada, un grupo de indígenas quedaba integrado al establecimiento en sus diversas actividades, generalmente aquéllos que ya habían asimilado la rutina de la misión y podían auxiliar al religioso en las labores, mientras que otros solamente lo hacían en forma temporal:

De estos [californios] desnudos que había que vestir, vivían en la misión y casi pertenecían al inventario de la casa, tantos como podía alimentar el misionero, a la vez que les proporcionaba trabajos en la agricultura, en las labores de hilar y tejer o en otras ocupaciones ocasionales; también los empleaba en los servicios de la misión, por ejemplo, de sacristán, de pastor de cabras, de enfermero, de catequista, de policía, de fiscal y de cocineros (por supuesto, muy sucios). De estos últimos había dos, estaba dividida en tres o cuatro grupos, de los que cada uno tenía que presentarse, alternativamente, una vez al mes en la misión y quedarse allí una hora para el misionero y otra para los californios. Entre todas las misiones había nada más cinco, (y éstas eran las menos populosas), que podían mantener y vestir a todos sus feligreses durante todo el año, y donde por tal motivo, toda la gente vivía alrededor de la casa. En las otras, la tribu estaba dividida en tres o cuatro grupos, de los que cada uno tenía que presentarse, alternativamente, una vez al mes en la misión y quedarse allí una semana completa.... Al terminar la semana, el grupo regresaba a su patria, alejándose muchos de ellos hasta tres, seis, quince y veinte horas de la misión [Baegert 1989:163.].

Es indudable que los indígenas que Baegert describe como pertenecientes al inventario de la casa, deben haber sido los más aculturados y que se habían asimilado a la vida de la misión. Sin embargo, aquellos que regresaban periódicamente a sus rancharías volvían a sus formas tradicionales de subsistencia, pero no en forma continua, lo que afectó su capacidad de sobrevivir en el medio geográfico (Cariño 2002). La mayor o menor distancia de las rancharías a la misión debe haber jugado un papel fundamental, puesto que la lejanía podía dar mayor libertad a los indígenas y mayor posibilidad de escapar al control de los jesuitas, quienes podrían tener mayor vigilancia sobre los que se encontraban más cerca.

Los jesuitas avanzaron en sus exploraciones y fundaciones, desde Loreto hacia el sur, el este y el norte. Sus experiencias variaron de acuerdo a los grupos que encontraban, unos más receptivos que otros a su presencia. Además, para ciertos sectores fue más difícil aceptar los

cambios, en los que influyó, entre otras cosas, la edad (Rodríguez 2002:144). Enfrentaron diversas formas de resistencia indígena y ellos hicieron uso de la fuerza para imponerse.

Al ser expulsados los jesuitas en 1768, los franciscanos se hicieron cargo de las misiones antiguas y de fundar nuevas. Los documentos que han dejado se refieren más a los conflictos que tuvieron con las autoridades militares que a sus relaciones con los indígenas. A la partida de los jesuitas algunos soldados habían quedado encargados de las misiones, y el gobernador pretendía que los franciscanos se hicieran cargo solamente del aspecto espiritual de los establecimientos y que la administración de éstos siguiera a cargo de los militares. Los franciscanos se oponían a esta medida, pues consideraban que mermaba su influencia sobre los indígenas, quienes “no respetan ni obedecen sino a los que les dan” (Palóu 1994:72).

El padre Palóu, quien quedó al frente de las misiones en ausencia de fray Junípero Serra, declaró que los indígenas, a su llegada, dieron muestras de alegría “como si no hubieran conocido padres jesuitas y dan bien a entender están más contentos que con los padres que los criaron, y que eran los únicos que habían conocido”. Es curioso que también a ellos les sorprende que en las misiones de frontera, San Borja y Santa María, acudían los nativos “a pedir el bautismo” (Palóu 1994:34). Y no cuestionan las causas de ese comportamiento.

La relación de estos padres con los indígenas ya quedó permeada con la intervención de las autoridades militares. En las misiones antiguas los franciscanos tuvieron que enfrentarse al gobernador y los soldados, por el ascendiente sobre los nativos. Además, éstos se dieron cuenta de que no tenían el mismo poder de los jesuitas y en algunos casos manejaron esa situación, en otros quedaron en medio de las discusiones entre ambas autoridades que se disputaban su trabajo.

Los dominicos llegaron cuando tales discusiones eran muy fuertes. Fray Vicente Mora, quien fue nombrado presidente de las misiones de los predicadores, tuvo igualmente fuertes enfrentamientos con el gobernador y algunos soldados por ejercer su mando sobre los indígenas. Su acercamiento a los nativos siguió la pauta de jesuitas y franciscanos. La forma en que se expresa de los indígenas de San Borja, los primeros de frontera con los que tiene contacto, es la siguiente: “Lo que he tocado por experiencia es que el amor, la afabilidad son el atractivo más poderoso para estos infelices. En los días que estuve en la frontera, los regalé con lo que pude y quedaron tan contentos que casi toda la misión quería venirse conmigo cuando salí para Viñadaco” (Mora 1773:513). Si tomamos en cuenta la escasez de recursos de la región, nos podemos explicar el beneplácito con que se recibían estos regalos.

En sus primeras aproximaciones a estos nativos de la frontera, pudo percatarse Mora de las causas de su renuencia a ir a las misiones, como más tarde relató al encontrarse con un grupo de indígenas que estuvieron muy atentos a la doctrina que les predicaba, pero quienes expresaron su temor de los ancianos que “no tendrían quien les buscara con qué alimentarse, que también él temía algo, porque a los cristianos se les hacía trabajar en las misiones.” Mora les aseguró lo contrario: que ellos protegerían a los viejos y evitarían que se aprovecharan de su trabajo.

Siguieron con él (menos el jefe) y se fueron agregando más indígenas. Al día siguiente de su llegada a Viñadaco llegaron 26 indígenas, a los que predicó la fe cristiana de la misma manera que a los anteriores; ellos “respondieron que no tenían inconveniente en abrazarla, pero que no habían de salir de sus tierras”. Estos temores que expresaron los indígenas manifiestan la comunicación que existía entre los diferentes grupos, pues resumen las principales causas de descontento de los nativos que se encontraban dentro de las misiones.

Es interesante analizar la descripción que hace el padre dominico fray Luis de Sales, ya a finales del siglo XVIII, sobre los indígenas de las distintas regiones. La experiencia en

adoctrinarlos y someterlos a la disciplina misional, debe haber sido la pauta para calificarlos:

Sus genios suelen ser distintos, al paso que en sus extravagancias se diferencian muy poco. Los indios de las misiones de Loreto, Comundú, Cadegomó, Guadalupe y Molexe son asquerosos, falsos y dejados; los de San Fernando y Rosario son humildes, pacíficos y dóciles; los de Santo Domingo y San Vicente son inquietos, soberbios, revoltosos, y estos de San Miguel, entre quienes vivo, y es la última frontera de gentiles, tienen un genio indócil, altivos sobremanera, valientes y guerreros, y en todo tiempo han dado qué hacer a la tropa [Sales 2003:78-79].

Los misioneros, en general, explicaron la poca receptividad de los indígenas a la religión y costumbres que pretendían imponerles con el argumento de su falta de inteligencia, sin asumir las fallas propias, como eran su escasa comprensión de las diferencias culturales, por una parte, y por otra su escasa capacidad de integrar a los indígenas en la nueva forma de vida que se derivaba del sistema misional.

En este trabajo hemos señalado solamente algunos de los puntos más significativos sobre el tema de las relaciones entre los indígenas y los misioneros. Quedan por desarrollarse con mayor amplitud éstos y otros aspectos, como la educación de los niños como punta de lanza para la evangelización; la influencia que los indios que vivían en la misión podían tener sobre su grupo y la relación con los gobernadores de indios, entre otros.

Bibliografía

Baegert, Juan Jacobo

1989 *Noticias de la península americana de California*, Gobierno del Estado de Baja California Sur, La Paz.

Cariño Olvera, Martha Micheline

1996 *Historia de las relaciones hombre naturaleza en Baja California Sur, 1500-1940*, Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.

2002 “Establecimiento y destrucción de la simbiosis hombre-espacio”, en *Baja California: un presente con historia*, Catalina Velázquez Morales, ed., vol. 1, pp. 95-107, Universidad Autónoma de Baja California, Mexicali.

Gibson, Charles

1967 *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, Siglo Veintiuno Editores, México.

Magaña Mancillas, Mario Alberto

1998 *Población y misiones de Baja California: estudio histórico demográfico de la misión de Santo Domingo de la Frontera, 1775-1850*, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.

199 “Indígenas, misiones y ranchos en el siglo XIX en Ensenada”, en *Ensenada: nuevas aportaciones para su historia*, Roselía Bonifaz de Hernández, ed., pp. 81-113, Universidad Autónoma de Baja California.

Mora, Vicente de

1773 “Diario que fray Vicente de Mora ha formado en la visita que ha hecho de las misiones del norte desde 4 de noviembre de 1773”, Archivo General de Indias, Guadalajara.

Palóu, Francisco

1994 *Cartas desde la península de California (1768-1773)*, José Luis Soto Pérez, ed.,

- Editorial Porrúa, México.
- Río, Ignacio del
1984 *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rodríguez Tomp, Rosa Elba
2002 *Cautivos de dios: los cazadores-recolectores de Baja California durante el periodo colonial*, Instituto Nacional Indigenista, México.
- Sales, Luis
2003 *Noticias de la provincia de Californias*, Salvador Bernabéu Albert, ed., Colección de Documentos sobre la Historia y la Geografía de Ensenada.
- Salvatierra, Juan María
1997 *La fundación de la California jesuítica: siete cartas de Juan María de Salvatierra, S. J. (1697-1699)*, Ignacio del Río, ed., Fuentes para la historia de la Baja California 1, Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.
- Venegas, Miguel
1943-1944 *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, 3 vols, Luis Alvarez y Alvarez de la Cadena, México.